

Miguel Barrientos Oyarzún

Una noche en los canales



AHORA son recuerdos, bellos recuerdos distantes. Pero entonces, hace algunos años ya, esos veranos pasados en los pueblos del sur, fueron mi infancia. Mi tierra y mi infancia, una misma cosa. ¡Qué veranos! Acaso no los tendré ya iguales. Eran anchos, perfumados, jubilosos. ¡Mi tierra, mi infancia, mi corazón! Eran todo eso. Véome en ellos, al aire y a sol insular, recorriéndolos, aspirándolos, mirándolos asombrado; cabalgando por los caminos de playa o tierra adentro, como un conquistador; navegando en bote a remo o en lancha a vela por los canales tranquilos. O sencillamente saboreando la paz de la aldea en alegre rueda de primos y conocidos. Me parece como que me esperaban en alguna parte, tras las lluvias y las clases. No pocas veces asomábanse unos días durante ese tiempo, en julio, en agosto, y sonreíanme de lejos. Ya en diciembre apresuraban el paso y llegaban claros, limpios, frescos, gloriosos. Venían a llevarme al campo y al sur. Y yo partía, cabalgando, navegando.

Terminados los exámenes pasaba primero una temporada en una propiedad de mi padre, cerca de Ancud, en jubilosa holganza veraniega. El rebullicio estudiantil, el de casa, (porque había otro que venía de fuera), que la colgaba loco y alborotado durante diez meses, se apagaba. Los estudiantes, fatigados de

ajetreo escolar, desparramábanse en alegre bandada por campos, islas, aldeas y pueblos de la provincia. Como animalillos en libertad, felices, retornaban a sus casas a gozar de las vacaciones. Entre el vuelo pausado de sus campanas y el silencio de sus tardes calurosas, la ciudad entonces adormeciábase en tranquila siesta veraniega. Reposaba noblemente, como recostada en sillón abacial, tomando el aire fresco de los días. A los muchachos y muchachas que salían reemplazábanlos universitarios, cadetes y aspirantes a profesores. Ellos también venían a tener aquí su verano fresco, aireado, bienhechor. Eran pocos, pero hacíanse dueños de los paseos, el muelle, la plaza, tan nuestros en los días de clase, con la importancia de sus trajes, corbatas, sombreros y zapatos a la última moda.

Ibame después al sur. ¡El sur! Es decir Chiloé, Chiloé todo entero, noble y sencillo, escondido y mágico. Salía de Ancud en una de esas blancas mañanas de febrero, lleno del gozo de las vacaciones y de polvo de verano. E internábame por quince días, a veces más, en esos pueblitos de la costa, callados, tiernos, jugosos de verdura, fragantes a tierra húmeda y lozana. El sol, como quien ha sido avaro en sus dádivas, negándole su calor durante meses y meses, acariciábalos entonces blando y amoroso en albas prodigiosas, en dorados mediodías y prolongados crepúsculos. Iluminados, joviales, abiertos, oliendo a suave paz de aldea, como desnudos de sus ropas de invierno, mirábanse en las aguas de los canales, traspasadas de luz o en las altas y azules del cielo, moteadas de finos algodones de nubes. Dalcahue, Tegel, Quiquel, Quetalco, San Juan, Calen, Tocoihue, Tenaún, Quicaví. Chiloé humilde y lejano. Música de nombres isleños. Pronunciándolos, parece llegarme al corazón el agridulce regusto de la tierra.

El trencito de Ancud dejaba en Mocopulli, donde me esperaban, bullicioso revuelo de viajeros, hombres y mujeres sureños, cargados de sacos, canastos y trajines de la capital. Anchos, duros, colorados, saludables, retornaban a la villa en carretas y

pacientes cabalgaduras, tranquilos de trajines. Aliviábanse contándolos. Y hasta otra vez, hasta otro viaje, con otra carga de afanes! Yo iba entre el enredo de sus habladurías, portando, gozoso, mis vacaciones de muchacho. El camino, por entre los campos históricos de Mocopulli, verdes y silenciosos, donde peninsulares y chilenos pelearon la independencia de la Isla, extendíase bajando y subiendo, zigzagueando, transitado y familiar. Dalcahue, la antigua villa de la Isla, otrora activa e industrial, (llegó a contar en su tiempo hasta quince alambiques), esperábalos, como inmovilizada en el tiempo, esparciéndolos después por la costa o el interior, llevándolos de casa en casa. El pueblo parecía entonces estrecharme en los brazos de parientes y amigos, vecinos y conocidos.

Después de dos o tres mañanas de sueño profundo y hundido de pueblo tranquilo, iniciábamos nuestras excursiones por los pueblitos de la costa. Teguel, Quiquel, Quetalco, San Juan, Calen, Tocoihue, Tenaún, Quicaví. Toda la Isla, todo el sur juntito, apretujado, como venido de lejos a donde se va y se queda en los largos inviernos; más cerca ahora de sí, y de todo por el verano. Penetrábanme de cariño de tierra isleña. Llegábamos despreocupados, juveniles y ruidosos, gritando, saludando.

Verano isleño: días cristalinos, vibrantes de luz y de pájaros, extensos, acercando los pueblos, juntándolos. Ellos dejábanse ver y sentir, quietecitos, tiernos, humildes. Rumorosas de silencio nocturno, las noches sí que envolvíanlo todo en un halo de lejanía y de misterio. Algunas, esas noches que llegaban sin luna, mostrando apenas escasas y remotas estrellas, parecíanme más propicias a lo desconocido y medroso.

Con frecuencia, y como jugando, cruzábamos el canal desde Dalcahue y desembarcábamos en San Javier. Seguíamos después a caballo, por la costa a Curaco de Vélez, blanco, apartado de los ojos viajeros; a Achao, señoreando la isla grande de Quinchao. Por todas partes compañeros y amigos alegres y sonrosados de libertad y de verano. Y todo, todo súbitamente abir-e

to y claro por los compasivos soles insulares. ¡Veranos de tierra humilde y buena rendida de cosechas: papas arenosas, trigos dulces, pan moreno y sabroso, ácidas manzanas apretadas de jugo, (de tierra húmeda al fin). ¡Luz y vida, llegan sólo de pasada a la Isla. Calientan y hacen hervir la tierra en millones de gérmenes. Después se marchan ingrátidos, livianos, dejándolo todo, quién sabe a qué remotos rincones!

Bueno, en mis últimas vacaciones de estudiante de humanidades, llevábanme también al sur, con fuerza irresistible, los ojazos negros de mi prima Mirella. Me tenían perdido. Esperábame, y llegada la segunda quincena de febrero me marchaba al sur con un apresuramiento que sorprendía a los de mi casa. —¿Qué hubo, Hernán?, saludábame de lejos, con su vocecita de pájaro, toda frescura y gracia de mañana de verano y cielo azul.

Pero ahora sólo quiero recordar una noche de esas vacaciones en los canales del sur. ¡Chiloé! ¡Oh, este Chiloé mío de los brujeríos y de la leyenda, de los conjuros y las maldiciones! Evocándola ahora veo al tío Enrique, siempre repleto de afanes pueblerinos, políticos, judiciales y notariales. Hombre más bondadoso y lleno de afanes. Diríase que estaba gordo de esos afanes. Movíanlo con impulso permanente y con nada, ni con el tiempo, parecían perder fuerzas. Veo a la tía Juana, atareada cuidando su casa, su gente, más suya por la intensidad de esos cuidados; a los primos Enrique y Juan Manuel, testigos conmigo de esa extraña aventura; a la prima Mirella, asombrada y más linda de susto.

Seguidos remezones para un lado y otro despertáronnos al fin. Desde hacía rato, como desde muy lejos y muy hondo, oíamos llamarnos: —¡Enrique, Juan Manuel, Hernán . . . , levántense . . . ! —¡Hernán, Juan Manuel, Enrique . . . !, volvía a repetir con insistencia la voz dulce, pero firme, del tío Enrique. Era pasada la medianoche y llevábamos ya más de medio sueño largo y espeso. Despabilámonos con trabajo y con no menos trabajo entendimos la causa del inesperado despertar. Era necesar o cruzar el canal y llevar una carta urgente a un vecino de la costa

de Quinchao. No recuerdo bien, pero creo que eran tiempos de elecciones. Y esa carta, no me cabe la menor duda, debía referirse a eso. Tiempo de elecciones, estoy seguro, porque pasaban y pasaban por el pueblo señores forasteros muy sonrientes y obsequiosos.

Media hora después salíamos de la casa muy envueltos en amplios y abrigadores ponchos de hilado. Nos reíamos. Juan Manuel se había puesto un sombrero viejo del tío Enrique que le daba no sé qué figura de huaso, simpática y estrafalaria a la vez. Contento de niños y aires de hombres en misión de importancia. El pulso sosegado de la noche de verano pareció romperse de pronto estrepitosamente al arrastrar el bote sobre las piedras de la playa. Por más que hacíamos para no meter bulla,—el pueblo dormía, pero quién sabe si a esa hora no había todavía oídos en acecho—, en el silencio todo se volvía extrañamente sonoro: el golpear de los remos y las chumaceras, nuestras voces y pasos en el suelo húmedo y pedregoso. Era una de esas noches de cielo alto, sin luna, aunque despejada. Las luces de lejanas estrellas reflejábanse apenas en las aguas del canal, masa oscura, aterciopelada, en ondulante y acompasado movimiento. Nos alejamos de la orilla y el silencio se restableció. Volvía de nuevo imponiéndose y los ruidos nocturnos, gritos estridentes y violentas zambullidas de pájaros y animales acuáticos, hacíanlo aún más denso. En la calma de la noche isleña oíanse rítmicas las paletadas de los remos en el agua. Enrique iba en el timón, Juan Manuel y yo bogábamos. El fuerte aliento de la noche pareció infundirnos un vigor desconocido y necesario. El mar traspasábanos de su helada grandeza impresionante. Remábamos con segura tranquilidad y la embarcación deslizábase frágil y liviana.

La marea estaba en vaciante y, como eso nos favorecía, no necesitábamos desarrollar mayores esfuerzos. Remando, remando sin prisa, y conversando, extendíamos la mirada por los contornos. Una soledad imponente ceñía en un abrazo toda la costa

que acabábamos de dejar y la de la isla de Quinchao que teníamos al frente. La proximidad del alba parecía ya anunciarse en tenues reflejos lejanos. Como conocíamos el lugar, habíamos partido trazando una diagonal sin desviaciones, calculando siempre el sitio de la playa donde creíamos conveniente desembarcar. Los árboles de la ribera, en su inmovilidad nocturna,—soplaba apenas una brisa casi tibia—, marcaban un muro de sombras. Lejos, por el camino costero, nos pareció sentir tranquear de caballos. Viajeros acaso que irían a tomar el tren de Ancud en la mañana en Mocopulli o a lo mejor otros emisarios en idénticas comisiones, comentamos.

Elegido el lugar, —faltarían unos veinte o treinta metros para llegar a la playa—, nos preparábamos para imprimir al bote el mayor impulso, a fin de hacerlo salir lo más afuera posible del agua, cuando de repente el remo de Juan Manuel se paró de golpe.

—Escuchen, dijo, volviendo el oído hacia la boca del canal por el lado norte.

Dejamos de remar.

—No siento nada, contesté, ni veo nada tampoco.

—¿Cómo no sientes, hombre, replicóme. Escucha bien!

Inmóvilizábanos la atención. El oído finísimo de Juan Manuel no lo engañaba. Tenía razón. Muy luego hizose claramente perceptible el sordo resoplido, todavía distante, como de embarcación a motor, cortando el agua, avanzando. Pensamos también en un animal, algún lobo, extraviado, en su caza de peces, en el laberinto de las islas.

Y el ruido crecía, crecía. Convinimos, ya sin discusión, en que debía tratarse de una lancha a motor en viaje por el canal. Acentuábase cada vez más la fuerza de su andar, su mismo característico tuco-tuco, dominando el cansado murmullo de la resaca al romper en la orilla pedregosa de la isla. Nada se distinguía, sin embargo. No hablábamos ya.

De pronto, Juan Manuel gritó, sobrecogido de pavor.

—¡Aquí... aquí viene...!

Instantes después una cosa larga y negra pasaba, con increíble rapidez, a pocos metros del bote, entre violenta marejada de espuma. Paralizados por la emoción, pudimos, sin embargo, distinguirla perfectamente. Era un redondo palo de aserradero, de esos enormes palos que se ven en la montaña y que para voltearlos hachean cinco hombres cada uno por su lado sin molestar. Fué tan recio el envión que el bote se clavó en la arena y la ola nos tapó de agua.

¡El tronco de árbol! Perdióse de vista muy luego en una vuelta del canal. Pero lo teníamos encima. Lo veíamos llegar de nuevo y estrellarse contra el bote. En la oscuridad de la noche insular, los ponchos mojados, las piernas agarrotadas por el susto, caminamos largo rato en marcha apresurada para reponernos. En casa del amigo para quien era el urgente mensaje, mientras lo contábamos, junto al fuego, mientras bebíamos una taza de café caliente y nuestros ojos se cerraban de sueño, parecíanos habernos asomado a una puertecilla de luz del mundo extraordinario de lo desconocido y misterioso.

¿Vendría acaso de algún lejano aserradero de la costa? ¿Es que sentiría también,—al igual que los isleños—, en las duras fibras de su rojo corazón el ansia de los viajes, y desprendiéndose de la fila de compañeros tendidos en la playa en paciente espera del banco de la sierra devoradora, rodó un día hasta el mar y se echó a correr mundo, a navegar, a navegar...? ¡Quién sabe! El caso es que parece que llevaba rumbo, dirección y que venía contra la marea...

¡Chiloé! ¡Oh, este Chiloé mío de los brujeríos y de las leyendas!